

Delante de una preciosa imagen del Redentor crucificado, iluminada por la escasa luz de una lámpara de alabastro, estaba arrodillado un hombre vestido de negro y orando con fervor.

Así permaneció en su profundo éxtasis cerca de una hora.

Después se santiguó con devoción, se puso en pie, apoyándose en un grueso bastón de madera fina barnizada de negro, se dirigió á la sacristía, tomó su capa un poco raída que había allí, se embozó y salió á la calle con paso firme, sin inclinar la cabeza ni encorvarse.

Atravesó la mayor parte de la ciudad, alumbrada escasamente por las lámparas de aceite, que proyectaban dentro de los faroles, de cuyos vidrios resbalaban gruesas y heladas gotas de agua de la lluvia que los había azotado con tenacidad.

Llegó á una callejuela estrecha, iba á introducir la llave en la cerradura de una vetusta puerta, remachada con multitud de clavos de anchísima cabeza, cuando creyó oír cierto rumor como de voz infantil que se quejaba.

No se había engañado: quien así lanzaba sus ayes doloridos, era una pequeñuela, como de seis años, que derramaba acerbo llanto.

Iba mal cubierta, empapada de agua las miserables prendas de ropa con que se cubría; su rubia cabecita completamente mojada; entumecida, con los pies pequeños, y de admirable forma y blancura, cubiertos de lodo que había recogido por las calles.

—¿Loado sea Dios! exclamó el sacerdote. ¿Qué te pasa, niña?

—Ay!—respondió ella con su vocecita impregnada de ternura y sentimiento, como las notas del arpa de David;—señor, no soy de aquí, me trajo mi padre del pueblo cercano donde vivíamos, para ponerme en una casa, escuela creo... no me acuerdo, porque mi mamá murió...

Y el llanto y los sollozos la interrumpían!...

—Vamos, prosigue, —le dijo con dulzura el padre Miguel, —(que así le llamaremos en este relato) y luego?...

—En la casa donde estamos me vi sola, de repente, mi papá había salido y las gentes que estaban allí, tuve miedo y salí en busca de él, pero me perdí.

—He andado mucho, tengo frío, tengo mucha hambre!...

Y cayó sobre el encharcado suelo, presa de un desmayo!

Oh, Dios mío! —dijo el virtuoso sacerdote, cubriendo con su húmeda capa á la infeliz criatura— apiádate de este pobre ángel, y que el Espíritu Santo ilumine, con su divina luz, mi entendimiento, para investigar dónde se encuentre el padre de esta inocente niña!

La envolvió con solícito cuidado, y tomóndola en un brazo abrió la maciza puerta que giró sobre sus goznes para darle paso; volvió á cerrarla y entró con su preciosa carga en un callejoncito oscuro, descansó un momento en el primer pedruzco de una escalera de apollillada madera mientras encendió una cerilla, acabó de subir y penetró en su modesta habitación amueblada miserablemente, y en la cual derramaba su mortecina luz una lámpara de cristal apagado, pendiente del techo por una cadenilla de metal.

II

Han pasado diez años.

La rubia Magdalena está hermosísima! Educada por el padre Miguel, su corazón se ha nutrido con ejemplos de acrisolada virtud!

La caridad evangélica del apóstol de Cristo, sobreponiéndose á la maledicencia y al vulgo desalagado, desprecia la calumnia, y no teniendo noticia alguna del padre ó la familia de aquella niña, resolvió tenerla á su lado y educarla bajo su sabia dirección.

Un día, en mala hora, acertó á pasar por la casa, al tiempo que salía de ella el ya anciano sacerdote, apoyándose en el torcedo y blanquísimo brazo de Magdalena, un hom-

presentación levanta la voz más que de ordinario.

Este favor hecho en beneficio de los actores, redonda inmediatamente en perjuicio de un héroe.

—¿Que calle el apuntador! dice uno de las galerías.

Y el apuntador se enrojeció en su concha, traguando aquella frase insultante de un espectador que ignora que si el apuntador callase ó bajara la voz, no continuaría la comedia.

Pero, en honor de la verdad, la indignación del espectador es justísima.

Nada hay que atormenta tanto como oír á los actores repetir como un eco las frases que salen del toravoz.

Y si no, decidme si puede haber ilusión escuchando lo siguiente:

Al campo don Nuño voy
Al campo don Nuño voy
Donde probaros espero,
Donde probaros espero
Que si vos sois caballero,
Que si vos sois caballero,
Caballero tambien soy,
Caballero tambien soy

La existencia del apuntador debe ser horrible.

Si queréis comprender todo lo espantoso de esa profesión, coged durante un mes todos los días un ejemplar de la comedia que más os guste, y leed en voz alta...

Si al cabo de una semana tenéis valor para seguir leyendo, yo os aseguro que sois de la pasta de que se hacen los apuntadores.

TRAS UNA ENFERMEDAD.

Ya la fiebre domada no consume
El ardor de la sangre de mis venas,
Ni el peso de sus cálidas cadenas
Mi cuerpo débil sobre el lecho entume.
Ahora que mi espíritu presume
Hallarse libre de mortales penas,
Y que podrá ascender por las serenas
Regiones de la luz y del perfume;
Haz ¡oh Dios! que no vean ya mis ojos
La horrible realidad que me contrasta
Y que marche en la inmensa caravana,
O que la fiebre, con sus velos rojos,
Oculte para siempre ante mi vista
La desnudez de la miseria humana.

JULIAN DEL CASAL.

ENSAYOS LITERARIOS.

EL PADRE MIGUEL.

[Escrito para EL TIEMPO.]

"Se llora con el pesar,
Se llora con el placer,
Con el recuerdo de ayer
Y mañana hay que llorar
Si nos ama una mujer."
J. ZORRILLA.

ERA una tarde lluviosa.

Transitaban muy pocos por la calle. Los pobres, mal cubiertos, aterridos de frío, con el semblante pálido y ajado por las privaciones y el sufrimiento, y vagando en pos de algo que mitigase sus ignoradas penas!

Los coches de alquiler haciendo su agosto. Uno que otro individuo resistiendo la incomodidad del temporal con el usado paraguas, y procurando no caer sobre las húmedas baldosas.

Todo era brumoso y triste!... La bóveda celeste, completamente negra, parecía un manto fúnebre!

Ni los últimos reflejos que como cascadas sangrientas se extienden sobre la cima de los montes al ocultarse el moribundo sol, aparecían entonces en el celaje como en las tardes alegres de lujosa primavera!

La noche se acercaba.

El templo de... había quedado desierto y casi á oscuras, reinando en él un silencio sepulcral, interrumpido sólo por el ruido monótono de la lluvia pertinaz.

Oh, amada! Oh, esposa! Mi casto consuelo,
Frescura de mi alma, contento, salud,
No en vano acudiste, Mi ínebre duelo
Ya duermes en el fondo de negro ataud.

Te acuerdas? Las horas pasaban veloces
De idilio tan dulce, risueño y gentil,
Aún no resonaban en torno las voces
De pérdida envidia, de dolo sutil.

¡Qué cantos tan puros! Te acuerdas, bien mío?
Propicia la suerte colmó nuestro afan...
Después... ¡Nuestro cielo tornóse sombrío,
Y hendió los espacios furioso huracán!

Oh, amada! Oh, esposa! Tendamos un velo
Sobre esas escenas de llanto y furor...
Si fiera la lucha, si amargo fué el duelo,
Más fuerte y lozano surgió nuestro amor.

Después... Ya ligada tu suerte á mi suerte,
Si pena invasora nos vino á turbar,
Supimos alagarla con ánimo fuerte,
Y más venturoso brilló nuestro hogar.

Ven, ven, mi adorada! Daidad peregrina,
Querub hechicero ya está entre los dos...
¡Oh, tiernos encantos de nuestra Adeline!
Piadosos alcamos las almas á Dios.

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA
México, Julio 27 de 1893

Las hadas de Francia.

CUENTO POPULAR.

AOUSADA, levántese—dijo el Presidente.

En el disforme banco de las petroleras hubo un movimiento, y adelanzándose hacia el estrado, apoyándose en la baranda, una cosa temblona y sin figura humana. Era un bulbo de guifapos rotos, ramientos, cintas, flores ajadas, plumas viejas, y debajo de ellas una pobre cara marchita, curtida, rugosa, agrietada, y donde la malicia de dos ojillos negros revolviáse ligera entre las arugas, como una lagartija en la hendidura de un viejo paredón.

—¿Cómo os llamas?—le preguntaron.

—Melusina.

—¿Cómo decis?

—Melusina—repitió con mucha seriedad.

Sonrióse el presidente bajo sus bigotazos de coronel de dragones, pero continuó sin pestañear:

—¿Vuestra edad?

—No la sé.

—¿Vuestra profesion?

—¡He sido hada!...

Al instante, el auditorio, el consejo, el mismo comisario del gobierno, todo el mundo se echó á reir á carcajadas. Pero esto no la perturbó lo más mínimo; y con su vocélla clara y á saltitos, que se elevaba en la sala y se cercaía como una voz de ensueños, replicó la vieja:

—¡Ah! ¿Dónde están las hadas de Francia? Todas murieron, mis buenos señores. Yo soy la última, no queda ninguna más que yo...

Y en verdad que es una lastima, pues Francia era mucho más hermosa cuando aún tenía sus hadas. Bramos la poesía del pueblo, su fé, su candor, su juventud. Todos los lugares que frecuentábamos, los retiros llenos de malezas en los colos, las piedras de las fuentes, los torreones de los ruinosos castillos, las brumas de los lagos, las grandes marismas, recibían con nuestra presencia un no sé qué de mágico y grandioso. A la claridad fantástica de las leyendas, veíasenos pasar á ratos por todas partes, arrastrando nuestros cendales en un rayo de luna ó corriendo por las praderas sobre los brotécitos de las hierbas. Los aldeanos nos amaban, nos veneraban.

Nuestras frentes coronadas de perlas, nuestras varitas, nuestras ruecas encantadas mezclaban un poco de temor con la admiración, entre las imaginaciones cándidas. Por eso permanecían siempre claras nuestras fauces. Los arados deteníanse en los caminos que guardábamos nosotros; y como nosotras, las más viejas de las gentes, inspirábamos respeto á todo lo viejo, de ahí el que de un extremo al otro de Francia se dejara á los bosques crecer, y á las piedras rodar por sí solas.

Pero el siglo ha progresado. Han venido las vías férreas. Se han horadado los túneles; cegado lagunas y hecho tantas cortas de árboles, que bien pronto no supimos ya dónde metarnos. Poco á poco dejaron por completo de crecer en nosotros los campesinos. Cuando por la noche llamábamos á los postigos de Robin, decía: "Es el viento." Y quedábase otra vez dormido. Las mujeres venían á jabonar á nuestros estanques. Desde entonces todo acabó para nosotras. Como sólo vivíamos de las creencias populares, al perderse éstas lo hemos perdido todo. Desapareció la virtud de nuestras varitas, y de poderosas reinas que éramos, nos hemos quedado en unas mujeres viejas, arrugadas, horrososas, como hadas á quienes se olvida; y con esto hemos tenido que ganarnos el pan nuestro, con unas manos que nada sabían haer. Durante algún tiempo se nos ha visto por los bosques llevando cargas de leña muerta, ó cogiendo espigas á orillas de los senderos. Pero los guardas de montes eran duros para nosotras, y los labriegos nos tiraban piedras. Entonces, como los pobres que no encuentran donde ganar la vida en su pueblo, fuimos á buscar la subsistencia pidiéndola al trabajo de las grandes ciudades.

Unas entraron en las fábricas de hilados. Otras vendieron manzanas por el invierno en las esquinas de los puentes, ó rosarios á la puerta de las iglesias. Empujábamos carretones cargados de naranjas, vendíamos á los transeúntes ramitos de á perro chico, y nadie los quería comprar; y los chiquillos se burlaban de nuestra barbilla temblona y los agentes municipales nos hacían correr, y los omnibus nos atropellaban. Luego las enfermedades, las privaciones, una sábana de hospital echada á la cara... He aquí cómo ha dejado Francia morir á todas sus hadas. ¡Buen castigo ha tenido por eso!

Si, sí, retos, intrépidos señores míos. Mientras tanto, acabamos de ver lo que es un país que ya no tiene hadas. Hemos visto todos esos campesinos bien cebados y de gramática parda abrir sus arcas á los prusianos ó indicarles los atajos. ¡Vé ahí! Robin, que ya no crea en los sortilegios, pero tampoco crea en la patria mucho más... ¡Ah, si nosotras hubiésemos estado allá, de todos esos alemanes que entraran en Francia no sale vivo ni uno solo! Nuestros draks, nuestros fuegos fatuos los hubieran conducido á caer dentro de ciénegas. En todas esas puras fuentes que llevaban nuestros nombres hubiéramos mezclado con sus linfas brebajes encantados que los hubiesen vuelto locos; y en nuestras asambleas, al claror de la luna, hubiéramos confundido también las sendas y los ríos, enmarañando con camboreras y malezas esas manifiestas donde iban siempre á agazaparse, que los ojuelos de gato del baron de Moltke no habrían podido jamás reconocer nada de aquello. Con las grandes flores de nuestras lagunas hubiésemos hecho bálsamos para las heridas y los hilos de la Virgen nos hubieran servido de cintas; y en los campos de batalla, el soldado moribundo habría visto al hada de su comarca inclinarse sobre sus ojos medio cerrados para enseñarle un rinconcito de bosque, un recado de sendero, cualquiera cosa que le recordara su país. De este modo se hace la guerra nacional, la guerra santa. Pero, ¡ay! en los países en que ya no creen, en los países que ya no tienen hadas, no es posible esa guarra.

Al llegar aquí, interrumpióse un momento la vocecita ténué, y el presidente tomó la palabra:

—Todo esto no nos dice lo que hacía usted con el petróleo que llevaba encima cuando la detuvieron los soldados.

—Buen señor, estaba incendiando París

—respondió la vieja con mucha tranquilidad.

—¿Quemaba á París, porque el odio, porque se rio de todo, porque él es quien nos ha muerto. París fué quien mandó sabios para analizar nuestras bellas fuentes milagrosas y decir con exactitud cuánto hierro, cuánto azufre tenían sus aguas; París se burló de nosotras en sus teatros. Nuestros encantamientos se han convertido en escamotes, nuestros milagros en farsas; y se han visto tantas ca-

ras feas sobre nuestros corpiños de color de rosa, y nuestros carros alados en medio de claros de luna hechos con luces de Bengala, que ya no se puede pensar en nosotras sin echarse á reir... Había niños pequeñitos que nos conocían por nuestros nombres, nos amaban, nos tenían su poquillo de miedo; pero en lugar de los bonitos libros con oro y estampas, donde aprendían nuestra historia, París ha puesto en sus manos la "ciencia al alcance de los niños," gruesos librecos de donde sale como un pavo gris que borra de los ojos de los pequeños nuestros espejos mágicos... ¡Oh, si, estoy muy contenta de ver echar llamaradas á nuestro París!... Yo era quien llenaba los botes de las petroleras, y las guiaba por mí misma á los mejores sitios: "¡Andad, hijas mías; quemadlo todo, quemad, quemad!"

—Pues señor, esta mujer está loca de remate—dijo el presidente.—Llévase la.

ALFONSO DAUDET.

EL BUEY.

Te amo piadoso buey! porque me infundas del vigor y la paz el sentimiento.

Tú dominas, cual grave monumento en las praderas libres y fecundas, Agil, del hombre la labor secundas, bajo el yugo inclinándote contente; tú miradas al dardo, en giro lento, con miradas pacientes y profundas.

Cual himno blando tu tenaz mugido, magnífica expansion de tu dulzura, piérdese en el espacio indefinido. Ancha respira tu nariz oscura y cópiase en tu ojo humedeido la verde soledad de la llanura.

JOSUÉ CARDUCCI.

EL APUNTADOR.

SPECTADORES: voy á hablaros de un personaje que aunque no carezca de educación os vuelve siempre la espalda; un hombre á quien nunca vé el público y que es, sin embargo, el alma de las representaciones teatrales, el apuntador.

Mirad! Ahí está metido en su concha como una almeja y dispuesto á leer un drama en cinco actos con prólogo y epílogo. ¡Ah! compadecemos á ese desgraciado ser, víctima inocente sacrificada por la impiedad de un autor difuso.

El apuntador fuera un sér inútil (y dispénseme esto la respetable clase de conauctas), si todos los actores tuvieran lo que, como hombres, están obligados á tener: memoria, entendimiento y voluntad.

Memoria para recordar lo que han de decir, entendimiento para comprenderlo, y voluntad para decirlo.

Pero ¿qué sería de ellos sin el apuntador? Galán joven conozco yo de cincuenta años de edad y treinta y cinco de práctica, que se equivocaría al decir las décimas amorosas de Don Juan Tenorio, si el apuntador se equivocase ó no se las apuntara.

Figuraos un hombre que se metió en un agujero, y colocado entre dos velas como un santo, lee en voz alta desde la primera hasta la última palabra de una comedia; un hombre que repite esta operación durante seis ó ocho ó más días seguidos, leyendo siempre lo mismo, con la misma entonación, de igual manera y con el propio acento. Y esto es lo que hace mientras la obra se ensaya, y esto es lo que continúa haciendo hasta que la obra deja de representarse, y aunque se ejecente sesenta noches consecutivas (de lo cual, entre paréntesis, se dan pocos casos) Y ese hombre no se cansa, no se aburre; no llega á odiar la obra. Decidme si esto no es digno de admiración y elogi.

Yo lo confieso; si fuera apuntador, desearía que cada comedia no se representara más que una noche para variar de lectura.

Quando una obra no ha tenido el número suficiente de ensayos, los actores suelen confiarse al apuntador, el cual la noche de la re-

El cólera, ese temible viajero del Ganges, hacia estragos horribles, diezmando á los habitantes de la ciudad, y el apóstol de Jesucristo desplegaba con ardor, á pesar de su achacosa ancianidad, todos los elementos de que podía disponer para auxiliar á los atacados de tan terrible enfermedad.

Su caridad evangélica, nunca desmentida, lo ponía en camino del cielo, de la gloria eterna!

Empero, víctima también de ese azote de la humanidad, sucumbió, lo mismo que el inconsolable padre de Magdalena, que jamás supo de ella, ocasionándole á ésta, tan irremediable pérdida, un dolor incomparable.

Todas las tardes, cuando la luz del crepúsculo se perdía, cambiándose en las tintas negruzcas que aparecían en caprichosa forma sobre el horizonte azul, Magdalena, triste, melancólica, apoyando su gracioso rostro en trambas manos sobre el alféizar de su ventana, dejaba correr las lágrimas por sus pálidas mejillas, lágrimas ardientes que le arrancaban el tierno recuerdo, la dulce memoria de su querido protector, de su padre adoptivo, de aquel dechado de virtudes, del honrado fray Miguel!

JULIAN ARCOS ROMERO.

Julio 17 de 1893.

Nocturnos tropicales.

¡AMORE LANGUEO!

A. J. F.

Relieja los astros del cielo
En lluvia dorada, la muerta laguna;
Y enfermo de amores yo velo
Errando en la selva que incendia la luna;
Se escuchan los gritos bravíos
Que dan, emigrando, las grullas salvajes:
El fuego de ardientes estíos
No quema sus alas de grises plumajes.
Columpia el tentoy floreciente
Su verde ropaje de eterna frescura,
¡Quién fuera, como él, inconsciente!
La tierra, en su savia, le da la ventura.
Perdido en la noche estrellada
Mi espíritu invade tu alcázar distante
¡Oh niña querida y sagrada!...
Dichosa si olvidas, amada y no amante!
Tu pelo rizado y sedoso
En ondas oscuras desciende á tu espalda
Y es luz esfumada en un sueño
La casta blancura que espelnde tu falda
Sollozan tus penas de amores
Las notas dolientes que surgen del piano
Y es vago perfume de flores
El suave murmurio que arranca tu mano.
Si olvidas al jóven proscrito
No sabes que te ama porque eres su niña,
Su gloria, su amor infinito...
¡El cielo de bionos y flores te ciñal
En tanto gentil cautilena
Un ave doliente preludia muy léjos
Y brilla la noche serena
Quebrando en la hierba sus ténues reflejos.
Cancion melancólica, errante,
Que viene á la selva cantando alegría.
Despierta mi gloria distante,
Mi bella esperanza, fugaz por ser mía,
Aquí tabachinos florecen
Y riegan sus flores en aguas del cielo;
Aquí yoyoxóchiles crecen
Y aroman la noche de austrálico velo.
Adios... ¡quién pudiera mirarte,
Gentil soñadora por siempre querida!
Adios... ¡quién pudiera olvidarte...
Tu dulce recuerdo me roba la vida!

RUBÉN M. CAMPOS.

Chilpancingo, 1893.

TABULA.

Un sapo se casó con una rana,
y cuando se hastió de rana el sapo
le zurró la badana
y se fué al prado echándola de guapo.
La rana se enjugó con una esponja,
se fué á un convento y se quedó de monja.
Cuando el dolor del alma es muy profundo
la mujer se da á Dios y el hombre al mundo.

PREOCUPACIONES.

I

A CABABA yo de salir del Colegio de las Hermanas de la Caridad.

Alfredo González era blanco y rubio como un hijo de Albion, sus azules ojos revelaban una tristeza indefinible, su aspecto suave y enfermizo me hechizaba.

Mi hermano Ernesto lo llevaba á su cuarto con muchísima frecuencia; era el predilecto de sus amigos de la Universidad.

Era poeta. Aún conservo algunas de sus estrofas eróticas, llenas de juventud, de amor y de melancolía.

Sobre el fino jarrón de porcelana, sembrado de violetas alpinas, que quedaba enfrente del cuarto de mi hermano, dejaba sus versos y sus apasionadas declaraciones.

No puedo recordar aquellos tiempos sin sentir una lágrima furtiva en mis mejillas, sin experimentar una extraña emoción en mi espíritu.

Jamás nos dirigimos una palabra: el elo-cuente lenguaje de los ojos nos fué suficiente.

Yo era la más dichosa de la enramada. En él resplandecía el gozo de quien ama y se siente correspondido.

II

Se aproximaba el día de mi cumpleaños. Nos preparábamos para el suntuoso baile con que inició mi padre mi carrera en la vida social.

En la lista de los invitados no figuraba él: la única persona que me interesaba, aquel cuyo recuerdo me animó en los preparativos de la fiesta.

¿Por qué no recordar aquella noche? Allí empezaron mis amores con el sér idolatrado cuyo nombre llevo; allí la vanidad me hizo olvidar un momento á mi primer amor; allí oí las primeras declaraciones de Reinaldo Vargas.

III

La familia Vargas deseaba emparentar conmigo á todo trance. Mis padres me suplicaban que aceptara á Reinaldo, el jóven más gallardo y más rico de la capital.

Pero el amor es ciego; yo continuaba pensando en el rubio enfermizo y melancólico.

Acabábamnos de comer en casa de Reinaldo la primera vez que acedí á sus repetidas invitaciones. Salimos al espacioso balcón de la casa, y Susana, la mayor de las Vargas, me dijo que me fijara en un jóven que en aquellos momentos entraba en la vecina tapicería de Pedro González y C^a.

Era él! Era el amor primero de mi vidal. Al principio creí que era que habían adivinado mi secreto, pero á poco me convení que estaba en un error.

—Hermoso jóven, dijo Reinaldo, que ha bía oído nuestra conversacion.

—Me encanta, prosiguió Susana, lástima que no pertenezca á una clase social más elevada. Cómo sufrirá con las vulgaridades de su padre, ese imbécil del tapicero González.

Un abismo se abrió á mis plantas; una torre se desplomó sobre mi cabeza: era el diamante refundido entre el fango, era la planta fina colocada en la roca!

Comprendí el por qué de la exclusion á nuestro baile; comprendí que mi pasión era un imposible.

Quince días después me felicitaban todos y me envidiaban todas: era la prometida de Reinaldo Vargas.

IV

Desde que Alfredo González supo mi próximo matrimonio, cerró sus libros de Anatomía é Higiene y arrojó de sus manos el bisturí y el escalpelo, sin reparar en que sólo le faltaban seis meses para terminar su brillante carrera.

Las cuerdas de la lira enmudecieron: ya los periódicos de la capital no adornaban sus columnas con las inspiradas creaciones de González.

La distincion de su rostro y la elegancia de sus vestidos desaparecieron rápidamente. Cuando paso en mi coche suelo verlo en

la puerta de inmundas tabernas, con el caballo largo, el cuello de la verde levita levantado, el pantalón raído y la punta del cigarro entre los sucios dedos.

A veces trata de herirme el remordimiento con su desesperante aguijón.

Pero, ¿soy acaso culpable de las preocupaciones sociales? Ellas hicieron esa víctima, yo fui su inconsciente instrumento.

Quizá la muerte aliviará las penas del desgraciado Alfredo.

MARION.

Ven, asómate á ver!... Qué hondo y oscuro el fondo de esa gruta!...
Bajo el sombrío toldo de esas ramas la luz no llega nunca.

Negro, oscuro, glacial!... Golpe tras golpe, el tiempo abrió ese hueco; y aunque afuera está el día y sus encantos, la noche está por dentro.

Fuera murmura el cristalino arroyo y de flores se puebla la campiña; canta el pájaro alegre en la enramada y hay en los montes, vida.

Pero adentro! allá adentro!... Entre las sombras, ¿qué alcanza á ver tu angelical mirada? Fantasmas del silencio! Espectros mudos! Estalacmitas blancas!

Ah! no dejen tus ojos de iluminar los míos!
No apartes tu mirada, que ya empieza la claridad en mi profundo abismo.

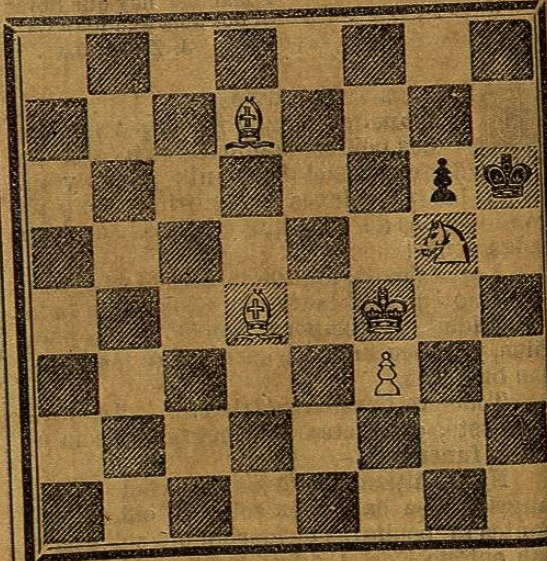
Lo que ves, lo que miras, es la sombra que acongoja mi espíritu, la gruta donde están en silencio, muertas en flor, mis esperanzas, mustias.

Mírame!... Ya las flores retoñarán; y en cantos de ternura se trocarán, para tu amor, mi vida, mis tristezas profundas, mis ilusiones pálidas, las ansias que me abrumán y estos callados duelos de mis tremendas dudas...

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 4 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado.
1. T f4—P toma T.—2. C e 5 —R b 5.—3. C d 4 —+.— Tres variantes.



Tomo III.

México, Domingo 20 de Agosto de 1893.

Fum. 110

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

VII

¡El aire de la tierra natal! ¡Qué grato y qué fresco esa mañana! El sol inundaba el valle, y dibujaba en los muros de las vetustas casas la sombra ondulada de los aleros. De las húmedas montañas, bañadas la víspera por copiosa lluvia, soplaban un vienteillo halagador y perfumado. Seguí hasta las afueras de la ciudad, á fin de gozar, siquiera fuese por breves horas, del magnífico panorama que se extendía delante de mí: variado comercio, dilatada llanura, espesas arboledas que dan pintoresco fondo á la capilla de San Antonio, una iglesia que tiene aspecto de melancólica vejezuela. Faldeando la colina va el camino de la sierra, desde allí quebrado y pedregoso. Por ahí subían lentamente unos arrieros, silbando una canción popular, arreando unos cuantos asnillos ondulantes cargados de loza arribeña, ollas y cazuelas vidriadas que centelleaban con el sol. Un ranchero, jinete en parda mula, venía por el llano, y allá, cerca de las vertientes del Escobillar, trazaban las yuntas surcos profundos en la tierra negra y vigorosa. Los gañanes las seguían paso á paso, guiando el arado, muy onchiesta la crinada pica. ¡Qué benéfico el aire de las montañas! Insufla en los pulmones vida nueva, acelera la sangre y comunica á las almas dulcísima alegría. ¡Cómo suspiré, durante diez años, en las soledades del Colegio, por aquellos sitios y por aquel espectáculo! ¡Cómo, mil y mil veces, á la hora de la siesta, desde el balconcillo del dormitorio, ante la colina poblada de cañotes, cansado de las arideces del Valle de

México, soñé despierto con la húmeda belleza de la tierra natal!
No puedo olvidar aquellos tristes días. Jueves y domingo salíamos de paseo, á lo largo del fangoso río, cuyas aguas parecían dormidas á la sombra de los sauces piramidales. Allí, cerca de una hacienda, frente por frente de una aldea salinera, de entre cuyos montículos estériles yergue una pobre palma, mi sera desterrada de fecunda tierra, su empolvado penacho, había un sitio que hasta en lo más crudo del invierno hacía gala de sus hierbas verdes. Era mi sitio predilecto. Mientras la turba estudiantil iba y venía buscando nidios en los árboles, ó vigilada por el Padre Rector jugaba al salta-cabrillas, yo me tendía en la hierba y dejaba que mi pensamiento volara más allá de la populosa ciudad, más allá del obscuro lago de Texcoco. Y volaba, volaba; tramontaba los volcanes, y seguía á través de bosques y espesuras, en busca de regiones amadas, de rostros amigos, de voces cariñosas. Entonces el paisaje que tenía yo delante, se iba borrando poco á poco: el suelo pajizo; la acequia fangosa; la llanura inundada; los chopos cenicientos del camino polvoso; siempre lleno de viandantes; las hileras de sauces melancólicos; la ciudad lejana, túrida, envuelta en pesados vapores; la aldea salinera situada como en un islote; la remota cordillera de Ajusco; los picachos de la Cruz del Marqués, y bañados en la luz de brillante crepúsculo, surgían ante mis ojos valles y colinas, llanuras y dehesas, bosques y heredades, en donde la rica vegetación de las tierras cálidas desplegaba su frondosidad

incomparable. El Ciudadépeti, corona espléndida de las serranías, aparecía bañado en rosada luz, como si le iluminaran los fuegos de la aurora. Tornaba yo á la casa de mis padres; Villaverte me convidaba á recorrer sus calles desiertas; el acento tierno y conmovido de los míos resonaba en mis oídos regocijado y amante.
De aquel ensueño me sacaba la voz del Rector ó el toque de *angelus* en la cercana catedral. Honda tristeza se apoderaba de mi espíritu, y lento, retrasado, perezoso, volvía yo al colegio, entregado á la subyugadora melancolía que despertaba en los jóvenes el espectáculo siempre nuevo de la tarde moribunda, de la llegada de la noche. Dulce nostalgia; anhelo de algo sublime; grato sentimiento de muerte, que alivia, consuela y eleva las almas hacia la bóveda celeste, ya entenebrecida y sa picada de inceros.
El sueño de aquellos días de largo destierro, la ilusión de aquellas tardes invernales, era una realidad. Estaba yo en Villaverte.
¿A dónde iría yo? ¿En busca de los amigos de mis primeros años? Acaso me recibirían indiferentes y fríos. Regresé por donde había venido, y al azar, sin darme cuenta de lo que hacía, me interné en la ciudad, por las calles céntricas, camino de la plaza. Me detuve en el puente. El Pedregoso, el gárrulo Pedregoso, corría como siempre, limpio y parlero, como lo vi tantas veces cuando era yo niño; esguimoso al tropezar con una roca, cerdeño y adormecido en sus pozas umbrías, bajo el dosel de los álamos, queriendo arras-